

EL NARRADOR DE CANCIONES



LULO ARIAS
Y LAS NARRACIONES
PROLETARIAS

Sugerencia de uso pedagógico

Una historia por jornada

Lee una historia al día a tus hijos, hijas o estudiantes.

¡A conversar!

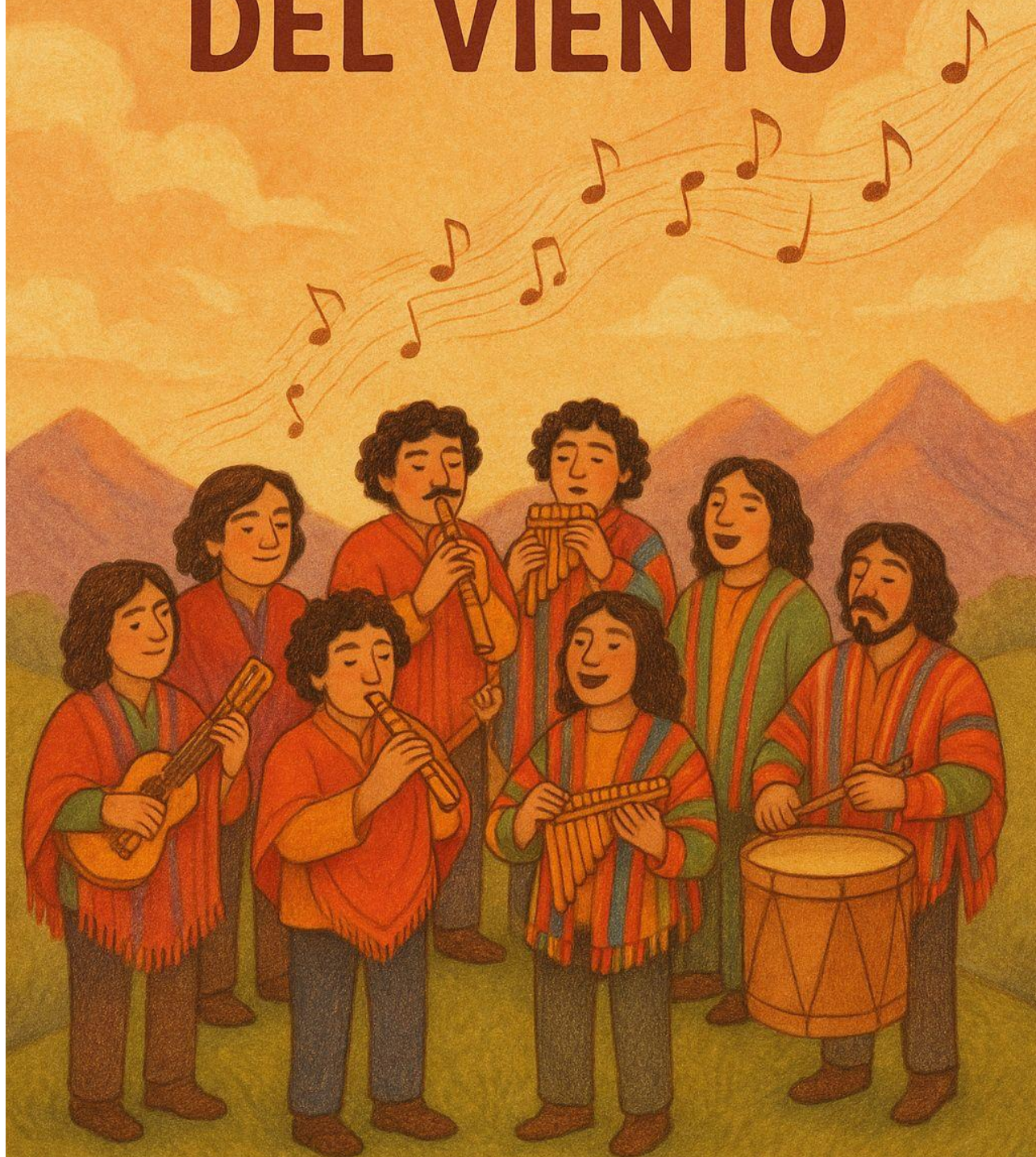
Después de leer, conversen sobre lo que escucharon:

- ¿Qué entendieron?
- ¿Qué les gustó más?
- ¿Qué personaje les llamó la atención?

¡A crear!

Invítalos a hacer un dibujo de cómo se imaginaron la historia.

LOS VIAJEROS DEL VIENTO



NARRACIONES PROLETARIAS

Los Viajeros del Viento

Un Cuento con Illapu

En un valle rodeado de montañas altas y cielos azules, vivían siete hermanos muy especiales. No eran magos, ni guerreros, ni exploradores. Eran músicos. Y su grupo se llamaba Illapu, que en lengua quechua quiere decir “Relámpago”.

Desde niños escuchaban el canto del viento, el murmullo de los ríos y los sonidos de las aves, y con sus instrumentos aprendieron a imitar los sonidos de la naturaleza.

Cada uno tocaba algo distinto:

Uno el charango, que cantaba como un pajarito alegre.

Otro la quena, que lloraba suave como la brisa al amanecer.

Y había también bombos, guitarras, zampoñas y voces que se unían como un río corriendo montaña abajo.

“¡Con nuestra música contaremos la historia de nuestra gente!”, dijeron un día.

Illapu recorría pueblos, plazas y escuelas. Cantaban sobre los trabajadores, sobre el amor a la tierra, sobre la libertad y la esperanza.

La gente los escuchaba con el corazón. Algunos bailaban, otros cerraban los ojos y soñaban con un mundo más justo.

Un abuelo dijo:

—Ellos no solo tocan música, ellos despiertan los recuerdos y los sueños.

Un día, una gran nube oscura cubrió el país. Era el tiempo de la dictadura, y muchas voces fueron obligadas a callar.

Illapu tuvo que partir, muy lejos, a un país llamado México.

Pero no dejaron de cantar. En cada concierto sembraban semillas de esperanza que el viento llevaba de regreso a su tierra.

Con el tiempo, el sol volvió a brillar. Illapu regresó, y su música volvió a llenar las calles y los corazones.

Niños, niñas, abuelos, jóvenes... todos se reunían a escucharlos.

Y aunque ya no eran tan jóvenes como antes, seguían tocando con fuerza, como los relámpagos que cruzan el cielo.

Porque mientras haya un Illapu, la música seguirá siendo lucha, alegría y memoria.

SOL Y LLUVIA

LA BANDA QUE CANTABA ESPERANZA



Sol y Lluvia: La Banda que Canta Esperanza

(Un cuento desde San Joaquín)

En un barrio de calles estrechas y ventanas siempre abiertas vivía Amaro, un niño que amaba dos cosas: la lluvia que cantaba en los techos de zinc y el sol que pintaba el suelo de luz.

Con sus hermanos, hacía tambores de ollas viejas y coreaban canciones inventadas.

Una tarde, el cielo se puso mitad gris, mitad dorado. Amaro sintió un trueno en el pecho y gritó:

—¡Voy a formar una banda! ¡Una que cante por los abuelos, los niños y la justicia!

Sus amigos del barrio San Joaquín aplaudieron la idea.

Así nació Sol y Lluvia. La llamaron así porque sus canciones brillaban como el sol y, al mismo tiempo, mojaban el alma como la lluvia.

Tocaron en la plaza del barrio, en la escuela y en actos donde la gente pedía paz y verdad.

—¡Un largo tour nos espera! —decían al subir a un viejo bus amarillo rumbo a Valparaíso.

—¡Para que nunca más nos quiten la voz! —

cantaban, y hasta los árboles se mecían con el ritmo.

A veces la lluvia caía tan fuerte que anulaba los conciertos, pero la gente igual los esperaba.

Para todos, Sol y Lluvia era un abrazo sonoro.

Con los años, cruzaron montañas y océanos para cantar en Canadá y Europa.

Sin embargo, siempre volvían a su raíz: San Joaquín, donde nació el sueño.

—¡Armas, vuélvanse a casa! —gritaba Amaro desde los escenarios.

Los niños aplaudían con ojos llenos de futuro, imaginando un mundo sin miedo.

La banda creció: de tres a ocho corazones tocando juntos.

Sacaron un disco nuevo: Clima Humana, con canciones sobre cuidar la Tierra y respetarnos.

—Mientras haya sueños y justicia por conquistar, seguiremos cantando —dijo Amaro, ahora adulto, mirando al cielo mestizo de sol y nubes.

Hoy, desde Iquique hasta Punta Arenas, alguien enciende la radio y escucha a Sol y Lluvia.

En ese instante, sabe que nunca está solo: hay una banda que canta esperanza, y un niño llamado Amaro que sigue tocando su tambor de olla en cada latido del país.

El Viejo y las Palomas Grises



Autor: Narraciones Proletarias

El Viejo y las Palomas Grises

Autor: Narraciones Proletarias

Había una vez un viejito llamado Ernesto. Vivía en una casa con una ventana grande, desde donde se veían las nubes pasar y las palomas posar. Ernesto había sido comunista en su juventud, y aunque ahora sus cabellos eran blancos como el humo, su corazón aún seguía colorado como las llamas de la esperanza.

Cada tarde, cuando la lluvia caía suave sobre los techos, él se sentaba en su sillón favorito, encendía su radio fonde sonaba el cantante manuel garcia y miraba el mundo por la ventana.

Las gotas tocaban los vidrios como si quisieran conversar.

Y las palomas grises quietas , lo miraban también.

—¿Por qué hoy están tan tristes como yo? —se preguntaba Ernesto—.

Y exhalaba un suspiro envuelto en humo de un cigarrillo.

Su mirada se iba lejos, muy lejos...

A un tiempo donde todo era más joven y más intenso:

Cuando leía poemas escondido entre libros,

Cuando pensaba en una muchacha de ojos brillantes cuando bailaba cueca con ella ,

Cuando soñaba con el proceso de allende.

Creía que ya nada podría sorprenderlo.

—He visto tanto —decía—.

Vi marchas de miles, risas y pérdidas.

Me curé del espanto y se me acabaron las lágrimas...

Pero ese día, la lluvia le tocó los ojos y no supo si era llanto o tormenta.

Recordó canciones que cantaba con sus amigos, Guitarras desafinadas al amanecer,

Y charlas que duraban hasta que el sol salía.

Recordó también la esquina de su casa,

Cuando partió con su mochila y su corazón lleno de sueños

Y a su madre, con pañuelo en mano, despidiéndolo con lágrimas.

—¡Adiós, hijo! ¡Vuelve pronto! —decía.

Y ahora, tantos años después,

Sentado frente a la ventana,

El viejo Ernesto se sorprendía...

Porque aún dolía.

Dolía el tiempo, dolía la memoria,
Dolía el amor que no volvió,
Pero también, en ese dolor, vivía.

Vivía su historia, sus luchas, sus canciones.
Y mientras la lluvia seguía bailando sobre los tejados.

El viejo sonrió con los ojos húmedos.
—Tal vez no cambiamos todo...
Pero no dejamos de soñar.

Las palomas grises levantaron vuelo.
Y en el cielo, como en sus recuerdos,
Quedaron flotando
La esperanza y la ternura.

Ese día luego de la lluvia Ernesto vio que volvió a salir el sol y que su país creía nuevamente escuchar como siempre la radio Nuevo Mundo donde decían ganó la primaria la compañera Jara la soa Jeannette nos representará a tod@s ahora.

A los Ernestos, a las hermandades y l@s honest@s del Chileeeee
@destacar

(inspirado en tema el viejo comunista de Manuel García)

LOS VINCHUCAS DEL RITMO

Escrito por Lulo Arias



Los vinchucas del Ritmo

En la comuna de San Miguel vivían tres compañeros de curso: Jorge , claudio y Miguel .

Ninguno sabía tocar instrumentos, pero había algo que los unía con fuerza:

¡Amaban la música!

Soñaban con tener una banda de rock, aunque solo sabían cantar a todo pulmón en los recreos.

Un día, jorge empezó a golpear la mesa con sus lápices. Claudio aplaudía al ritmo, y Miguel zapateaba con fuerza.

—¡Somos como una banda! —gritó claudio riendo.

Desde ese momento, ¡los recreos se volvieron conciertos!

Y sin instrumentos, ellos hacían música con lo que tuvieran a mano.

Más tarde, encontraron una vieja escoba en la casa de la abuela de Miguel .

—¡Será nuestra guitarra! —dijo Jorge .

Y así, con la escoba como guitarra, un tarro como batería y sus voces llenas de sueños, empezaron a componer sus primeras canciones.

Soñaron cada día, cantaron cada tarde y practicaron cada noche.

Creyeron en ellos mismos.

Se inscribieron en talleres, aprendieron a tocar de verdad y, con esfuerzo, formaron su primera banda: “Los pseudopillos”.

—¡Ya no somos prisioneros de nuestros sueños! —dijo Miguel .

Hoy, los prisioneros son una leyenda nacional y latinoamericana por haber tocado en grandes festivales, hacen giras por el mundo y tienen varios discos.

Todo comenzó en un colegio, con una mesa, unas palmas y una escoba-guitarra.

Porque cuando sueñas de verdad y trabajas con el corazón...

¡Los sueños se hacen canción!

SILVIO

DE LA ISLA
DE LO SUEÑOS



POESÍAS PROLETARIAS

Silvio de la Isla de los Sueños

Había una vez, más allá de los mares del mapa imperialista y más cerca del corazón de quien sueña despierto, una pequeña isla que no aparecía en los globos terráqueos creados en usa. Esa isla se llamaba La Isla de los Sueños y era el hogar de un trovador llamado Silvio.

Silvio no hablaba como los demás. Él cantaba. A las nubes, a los árboles, a los niños y hasta a los caracoles. Decían que cuando él pasaba por un bosque, los troncos se alisaban para que su guitarra sonara mejor. Y que los peces saltaban en el agua para bailar sus melodías.

Silvio tenía una pequeña barba blanca como espuma y un sombrero que parecía guardar estrellas. Cantaba cosas que a veces no todos los adultos entendían, pero que los niños sí. Decía cosas como:

—No vine a ser un ícono de museo... Vine a soñar con ustedes.

Y entonces construía castillos con palabras y hacía barquitos de papel que navegaban con versos en lugar de velas.

El Consejo de los Aburridos reptiles

Un día, llegaron a la isla los miembros del Consejo de los Aburridos reptiles, vestidos todos de gris llegados desde miami a la isla. Decían:

—¡Silvio, ya basta de cantar locuras! ¡Es hora de arrepentirse y ser como todos!

—¡Queremos que te calles y pintes la isla de colores apagados!

Silvio miró a los niños, que temblaban tras los árboles, y dijo con una sonrisa traviesa:

—Me vienen a convidar a tanta tontería...

pero yo no sé lo que es el destino, caminando fui lo que fui... Y lo seguiré siendo.

Entonces tocó una canción tan fuerte y clara, que los pájaros comenzaron a imitarlo.

Los niños se subieron a las ramas y repitieron sus versos.

Hasta los grillos comenzaron a tararear.

Los Aburridos reptiles taparon sus oídos. Uno gritó:

—¡Dirán que pasó de moda la locura!

Silvio respondió:

—¡Pero yo seguiré soñando travesuras!

Y entonces, como si el canto fuera magia, los colores comenzaron a brillar más vivos, las flores crecieron en los caminos y los relojes se detuvieron un segundo...

solo para escuchar mejor.

El Congreso del ojala

Desde aquel día, Silvio fundó un lugar muy especial en la isla: El Congreso del ojala, donde todos los que sentían diferente eran bienvenidos.

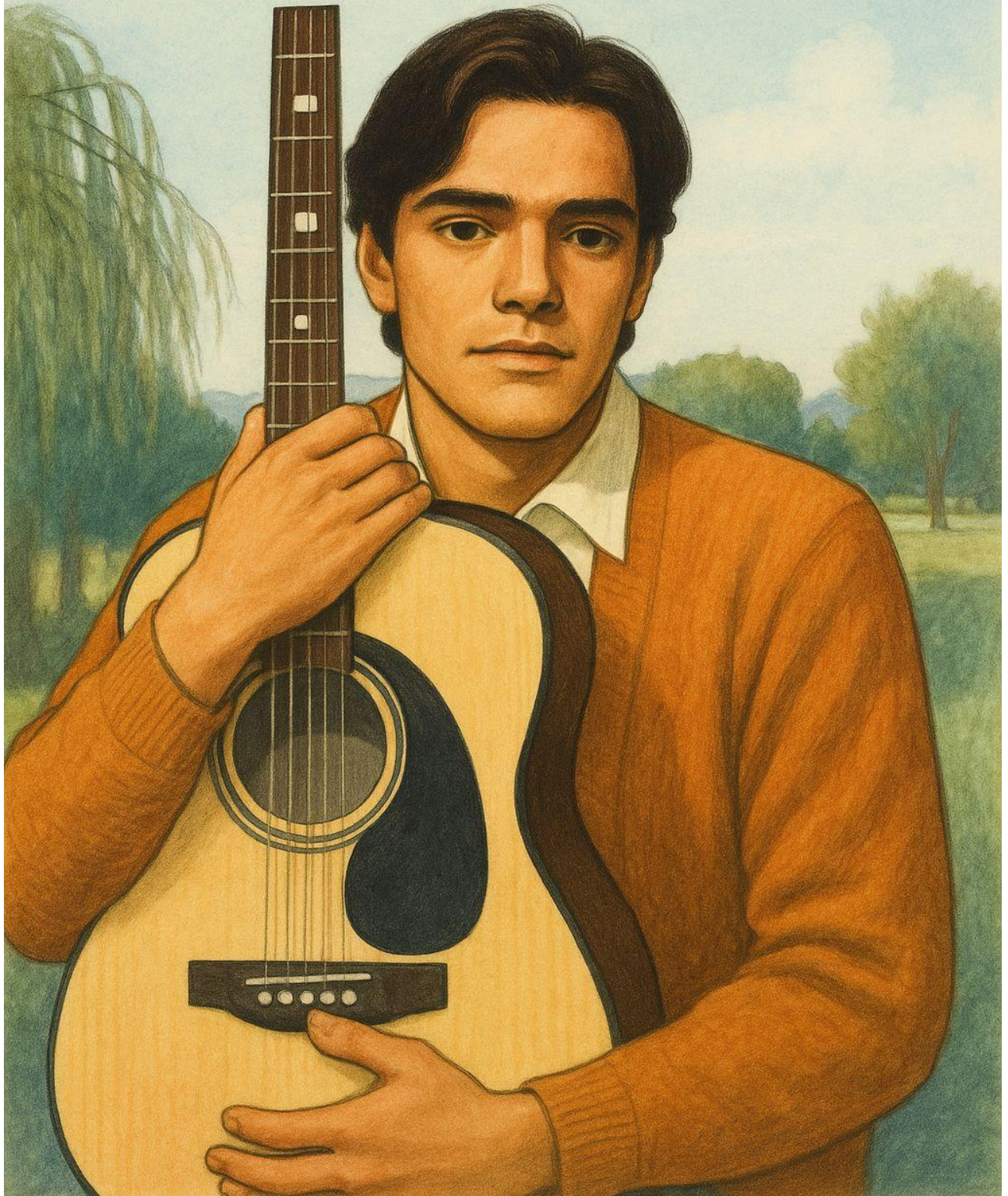
Niños que bailaban al revés, gatos que sabían rimar, árboles que contaban cuentos y hasta una nube tímida que aprendió a llover de risa.

Silvio enseñaba a cantar con el corazón y a vivir sin tener precio. Cada noche, los niños se dormían con una canción nueva, mientras el trovador decía:

—Yo no vine a gustar a todos. Vine a ser como soy. Y si algún día me voy...

Me voy cantando, como viví.

Gervasio y la guitarra valiente



Gervasio y la guitarra valiente

Había una vez, en un pequeño pueblo de Uruguay, un niño llamado Gervasio.

Tenía los ojos llenos de sueños y un corazón gigante. Pero lo que más amaba en el mundo era su guitarra.

Cada vez que la tocaba, parecía que los pájaros cantaban con él y que los árboles bailaban con las hojas.

Un día, Gervasio decidió cruzar las montañas y los mares.

Su destino era Chile, un país donde escuchaba que algunas personas necesitaban canciones valientes, de esas que dicen la verdad y dan fuerza al corazón.

—Voy a cantar por la justicia —dijo—, y por todas las familias que sueñan con un mundo mejor.

En Chile, Gervasio no se sintió solo.

Pronto conoció a niños, niñas, abuelos y abuelas que lo escuchaban con los ojos brillantes.

En cada plaza, su guitarra hablaba con las notas.

—¡Que viva la esperanza! —cantaba.

Y su música se volvía viento, volando alto por los cerros y ciudades.

No todos querían escuchar lo que Gervasio decía. Había quienes tenían miedo de la verdad.

Pero Gervasio no se callaba.

—No vine a tener miedo —decía—

Vine a cantar por lo que es justo.

Y así siguió, con su guitarra al hombro y su voz firme, como un río que nunca se detiene.

Un día, Gervasio partió al cielo, pero su guitarra no dejó de sonar. Ahora, cada vez que alguien canta por la justicia, por la verdad o por su familia...

ahí está Gervasio, sonriendo en alguna estrella.

Y si escuchas con atención, tal vez oigas su melodía, diciendo:

—Nunca dejes de luchar con amor y con música.

Mientras tanto en la tierra muchos decimos : Justicia para Gervasio ...

Soledad y el Tren de las Nubes



Soledad y el Tren de las Nubes

Había una vez una niña llamada Soledad, que vivía en un pequeño pueblo entre montañas altas y cielos tan amplios que parecía que nunca se terminaban. Soledad amaba cantar, y su voz era tan dulce que los pajaritos la seguían por los caminos y hasta los árboles inclinaban sus ramas para escucharla mejor.

Pero a veces, Soledad se sentía sola. Su papá era arriero y pasaba semanas en la cordillera, y su mamá tejía en silencio, mirando el horizonte. Entonces, cuando se sentía así, Soledad se acostaba en el pasto y le cantaba a las nubes.

—“Viajo por las nubes, voy llevando mi canción...” —susurraba mirando al cielo.

Una tarde, mientras cantaba en lo alto de una loma, el viento sopló fuerte y una nube en forma de tren apareció entre las montañas. ¡Era el Tren de las Nubes! Tenía ruedas de arcoíris y chimeneas que echaban vapor de estrellas.

—¿Vienes, Soledad? —preguntó una voz suave desde el tren—. Nos lleva el viento... vamos camino al Sol.

Soledad no lo pensó dos veces. Subió al tren y se sentó junto a una llama blanca que llevaba una bufanda tejida con hilos del amanecer.

—¿A dónde vamos? —preguntó ella.

—A donde va el corazón —respondió la llama—. Por la montaña, hasta que nos abraze el mar. Por la Pachamama, que nos da libertad.

El tren avanzó por los cielos, cruzando cóndores, atravesando nevados, pasando por pueblos donde los niños saludaban desde los techos, cantando también su canción. Soledad veía cómo todo brillaba a su alrededor: la Tierra, la gente, los sueños.

—Voy por los caminos que nos llevan a la verdad... —cantaba ella, mientras el tren subía más alto y más alto.

Y entonces, allá arriba, donde el cielo casi toca el Sol, el tren se detuvo en una estación invisible, hecha de viento y luz.

—Es tu turno de volar —le dijo la llama—. Las alas no siempre se ven, pero tú las tienes en tu corazón.

Soledad cerró los ojos. Sintió que flotaba. Y sí... estaba volando. No con alas de pájaro, sino con las alas de su canción.

Desde entonces, cada vez que un niño o niña cierra los ojos y canta con el corazón, el Tren de las Nubes aparece, llevando sueños por el cielo, cruzando montañas y tocando el alma de quien se atreve a imaginar.

Y Soledad... sigue viajando.

Cantando.

Volando.

Por el tren del cielo.

SHEWENKE Y NILO

en el Valle del Silencio



“Shewenke y Nilo en el Valle del Silencio”

Algo se apagó

En un valle donde antes todos se conocían, vivían Shewenke y Nilo, dos amigos inseparables. Jugaban en la plaza, escuchaban a los abuelos contar historias y compartían el pan con los vecinos.

Pero un día, algo extraño comenzó a pasar.

—¿Lo sientes? —preguntó Shewenke.

—Sí —respondió Nilo—. El valle está... callado.

Ya no se oían canciones ni carcajadas. La gente caminaba sin mirarse.

—Nos fuimos quedando en silencio, dijo Shewenke.

El tumulto

Llegaron vendedores con voces fuertes, vitrinas brillantes, ofertas y apuros.

—¡Compra! ¡Rápido! ¡Apúrate! —decían.

La gente se fue olvidando de jugar, de hablar, de escuchar.

—Nos fuimos perdiendo en el tumulto —dijo Nilo.

Las personas empezaron a levantar muros entre sus casas. Cerraban puertas, escondían palabras.

La televisión, las monedas y el olvido

Aparecieron cajas de vidrio en cada hogar.

—Esto es lo que debes hacer. Esto es lo que debes pensar —decían.

Nadie hablaba de lo importante.

—Cambiaron monedas por libertad —susurró Shewenke—.

Y guardaron la igualdad bajo llave.

—Nos soltamos de las manos —dijo Nilo—. Dejamos de ser hermanos.

Recordar

Una tarde, Shewenke abrió su cuaderno y escribió:

“No quiero quedarme en silencio.”

Nilo leyó en voz alta:

—¿Y si compartimos esto con otros?

Salieron a la calle, hablaron con vecinos, dibujaron con tizas en el suelo, leyeron en voz alta lo que todos sentían y callaban.

—Se nos fue olvidando de amar, pero podemos recordar —dijo Shewenke.

Volver a escucharnos

Los vecinos empezaron a detenerse, primero curiosos, luego emocionados.

Alguien trajo una guitarra. Otro, un poema.

Un abuelo recordó una historia. Una niña pequeña cantó.

Y el canto volvió.

—Nos fuimos perdiendo en el tiempo —dijo Nilo.

—Pero juntos lo estamos trayendo de vuelta —sonrió Shewenke.

Desde ese día, Shewenke y Nilo caminaron por el valle dejando palabras y abrazos, como semillas.

Y en cada rincón donde florecía una voz, volvía a crecer la esperanza.

LA VOZ DE LA TIERRA:

MERCEDES Y EL CANTO DEL VIENTO



“La Voz de la Tierra: Mercedes y el Canto del Viento”

Cuento infantil inspirado en la vida de Mercedes Sosa

Una niña con una canción en el alma

Había una vez, en un rincón cálido del norte de Argentina, una niña llamada Mercedes. Vivía en una casita sencilla con su familia, entre cerros que parecían gigantes dormidos y un cielo inmenso lleno de estrellas.

Desde muy pequeña, Mercedes sentía que la música vivía dentro de ella. No necesitaba instrumentos ni partituras: su voz era suficiente. Cuando cantaba, los pájaros se detenían a escuchar y el viento silbaba más despacito.

—¿Por qué cantás, Merceditas? —le preguntaban a veces.

—Porque es la forma en que hablo con el mundo —respondía ella, con una sonrisa que venía del corazón.

La voz de los que no tienen voz

Mercedes creció y su canto también. Pero no cantaba solo canciones de amor o juegos: cantaba lo que sentía el pueblo. Cantaba por las mujeres trabajadoras, por los niños que querían aprender, por los abuelos que recordaban el pasado, y por quienes no eran escuchados.

Su voz era fuerte, dulce y valiente. Cantaba con tanto amor que hasta los árboles se mecían como si aplaudieran.

—Tu canto es como la tierra, Merceditas —le decía su abuela—: profundo, firme y lleno de vida.

Cuando cantar era peligroso

Un día, las cosas cambiaron. Algunos no querían que Mercedes cantara esas canciones. Decían que sus palabras eran peligrosas, aunque solo hablaban de amor, justicia y esperanza.

Le prohibieron cantar, y hasta tuvo que irse de su país. Pero Mercedes no se rindió. Desde lejos, seguía cantando, y su voz cruzaba montañas, ríos y fronteras.

—Aunque me callen aquí, no pueden callar el viento —susurraba.

El regreso de la voz

Pasaron los años y el pueblo no olvidó su canto. Cuando Mercedes volvió a su tierra, la esperaban miles de personas con los brazos abiertos. Todos querían decirle: “Gracias por no dejar de cantar”.

Esa noche, subió a un escenario y su voz sonó más fuerte que nunca. Los niños bailaban, los abuelos lloraban, y las estrellas parecían acercarse para escuchar.

La canción sigue viva

Mercedes ya no está entre nosotros, pero su canto sigue volando por los aires de América Latina. Cada vez que alguien canta con el corazón, con amor por su gente y su tierra, Mercedes sonríe desde el cielo.

Porque su voz no era solo suya: era la voz de todos. Y mientras haya quien cante con el alma, la Negra Sosa vivirá por siempre.

Posdata :no podemos olvidar que las Malvinas son argentinas.

Manuel

y la guitarra que
cantaba al viento



Manuel y la Guitarra que Cantaba al Viento

Había una vez, en una ciudad del norte de Chile donde el sol saluda desde el mar y el viento juega con los cerros, un niño llamado Manuel que escuchaba canciones incluso cuando no había música.

Su abuela decía que tenía “el corazón lleno de melodías”, y que bastaba con que viera una estrella o un colibrí para empezar a tararear.

Una tarde, cuando Manuel tenía solo ocho años, encontró en el desván de su casa una guitarra polvorienta, con cuerdas que parecían dormidas.

Apenas la tocó, algo mágico sucedió: la guitarra despertó cantando.

—¡Hola, Manuel! —pareció decirle—. Tú tienes dentro la voz del viento. Ven, vamos a contarle al mundo lo que llevas en el alma.

Desde entonces, Manuel comenzó a componer pequeñas canciones. Hablaban de su tierra, de las personas que amaba, de los sueños que tenía.

Cuando cantaba, los pájaros se acercaban y los niños del barrio lo escuchaban en silencio, como si cada nota contara un secreto del universo.

Con el tiempo, Manuel creció. Formó una banda que llamó Mecánica Popular, donde mezclaba las canciones que nacían en su corazón con guitarras eléctricas, baterías y poesía.

Sus canciones eran como barcos de papel: suaves y fuertes al mismo tiempo.

Un día decidió caminar solo por los senderos de la música. Sacó su primer disco, “Pánico”, donde cantaba sobre lo que sentía cuando el mundo parecía dar vueltas muy rápido.

Pero no estaba solo: en su viaje se le unieron amigos como Ángel, Mon y Los Bunkers, con quienes compartía versos y melodías.

Sus canciones empezaron a sonar en teatros, en películas, en plazas llenas de familias, y hasta en el rincón más silencioso de alguna casa lejana.

A cada lugar que iba, dejaba una semilla de emoción.

Un día, mientras cantaba bajo un gran árbol, una niña le preguntó:

—Manuel, ¿por qué cantas tanto?

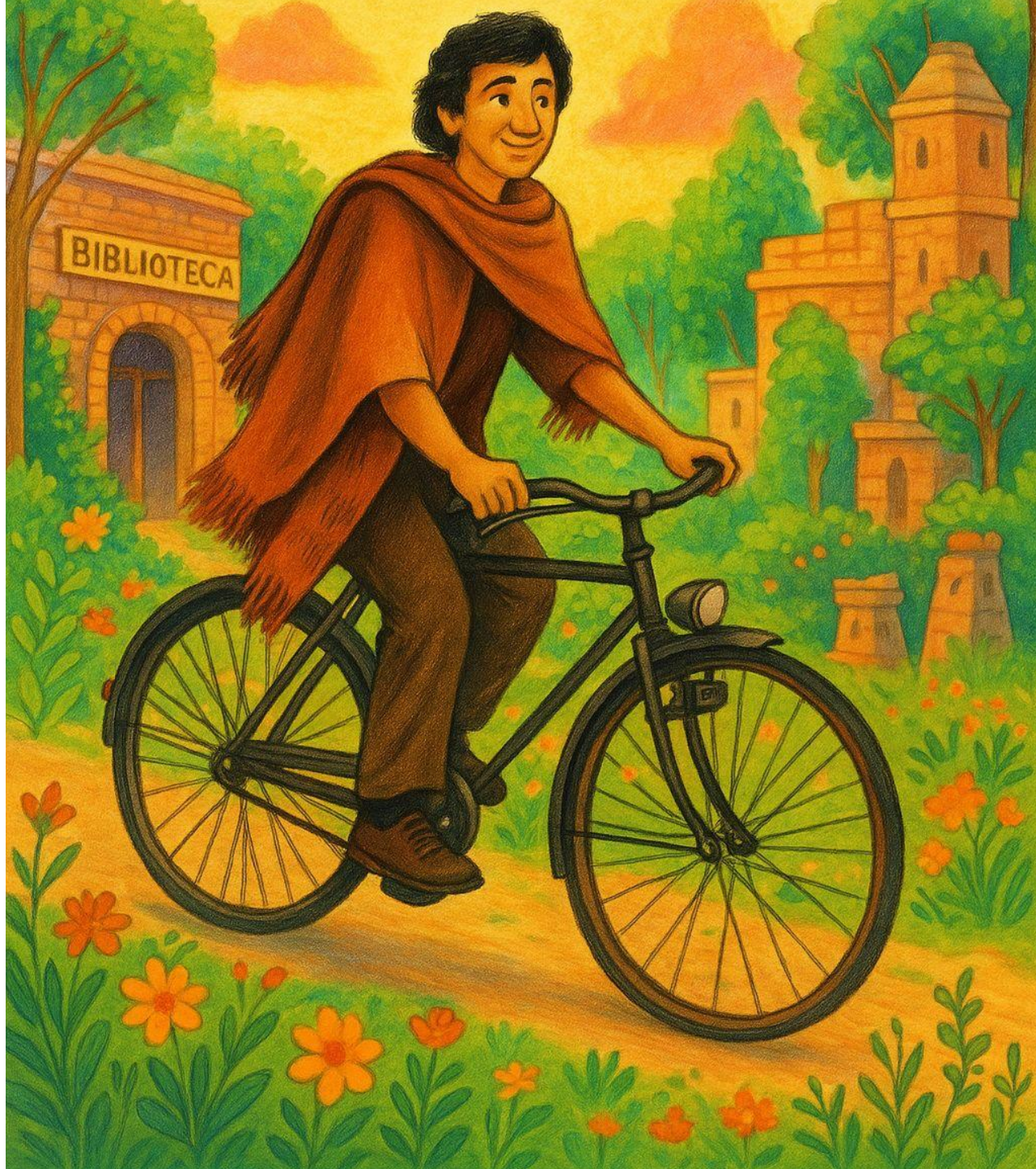
Y él, sonriendo, le respondió:

—Porque cuando era niño, escuché por primera vez cómo suena el corazón. Y desde entonces, no he dejado de escucharlo.

Desde aquel día y hasta hoy, Manuel sigue cantando con el viento, con el alma abierta, con una guitarra que aprendió a volar. Y si cierras los ojos y afinas el

oído, tal vez también tú escuches su canción, flotando entre las nubes y los sueños, se dice que hasta una patinadora artística hoy danza con su música en las competencias por la magia de sus melodías.

Víctor en bicicleta



Víctor en bicicleta, pensando en un mañana mejor

Pedaleaba despacio, como si cada vuelta de rueda pudiera hilvanar un verso nuevo. El sol apenas asomaba entre las nubes rojizas, y la brisa tibia de la mañana le arropaba el rostro. Víctor llevaba el poncho al viento, como una bandera silenciosa de esperanza. Sus ojos, negros y profundos, miraban el horizonte con la ternura de quien aún cree que el canto puede transformar el mundo.

Las calles eran de tierra, pero en su mente florecían caminos empedrados por la justicia. Pasaba frente a niños que jugaban con barriletes, campesinas que tejían a la sombra de los nogales, y trabajadores que saludaban con una sonrisa. A todos les devolvía una mirada serena, una que decía: “Vamos juntos”.

La bicicleta crujía un poco, pero él la amaba. Era su compañera en los trayectos largos entre poblados, donde con guitarra al hombro, cantaba en plazas, escuelas, sindicatos y ferias. No sólo llevaba melodías, sino palabras que despertaban corazones. Cada pedaleo era una nota, cada respiro, una promesa.

Ese día pensaba en el mañana. Imaginaba un país donde los niños crecieran sin miedo, donde la tierra fuera compartida, donde los sueños no necesitaran permiso para volar. Pensaba en aulas llenas, en libros libres, en canciones sin censura. Pensaba en rostros riendo y en manos unidas construyendo techos nuevos, sembrando futuro.

Sabía que su voz era una semilla. Tal vez no vería la cosecha, pero seguía sembrando. Con cada kilómetro, con cada canción, con cada abrazo de los que lo escuchaban y entendían, sentía que el cambio no era una utopía: era una posibilidad.

Y así, sobre su bicicleta vieja, con el alma llena de pueblo, Víctor siguió pedaleando hacia el sol. Porque mientras haya quien cante por los que no tienen voz, el mañana no está perdido.

LeguaYork

y el ritmo del barrio



“LeguaYork y el ritmo del barrio”

En una población llena de colores, murales y sueños, vivían cuatro amigos que tenían un secreto: cuando se juntaban, el barrio cantaba.

Peterponx, Lulo, rolando y isaac eran parte de un grupo llamado LeguaYork, porque vivían en La Legua y soñaban que cualquier lugar del planeta podía ser el epicentro del mundo no solo Nueva York como otros decían.

—¡Vamos a hacer que el barrio suene! —decía Peter, golpeando una caja como si fuera un ritmo afro .

—¡Que suene con lo que sentimos! —respondía lulo, mientras rimaba con voz valiente y alegre.

Cada tarde, después del colegio, se reunían en la esquina con un micrófono imaginario mas sus croqueras y lapices viejos. Allí componían canciones sobre lo que veían y sentían: la abuela que cocina pan amasado, los perros callejeros con cara de sabios, los juegos en la calle, y también las penas que a veces llegaban sin preguntar.

Isaac escribía en su cuaderno con dibujos. Rolando hacía los ritmos con una botella, una piedra y sus manos. Todos tenían algo que decir, y lo hacían con palabras que bailaban: rap del corazón.

Un día, llegó un señor muy serio de la junta de vecinos. Dijo que podía hacer eso en la sede vecinal. Que no podían seguir cantando ahí por el frío que hacía.

—¿Y vamos a poder hacer rap? —preguntó Lulo.

El señor de apellido molina respondió. Solo si también participan en las reuniones con los demás vecinos.

Los jóvenes estaban intrigados. Pero entonces, el abuelo de Rolando, que siempre los escuchaba desde la ventana, tuvo una idea.

—Si hagan música allá, ¡hagan que la música entre a la escuela, al centro comunitario, al almacén y hasta al paradero!

Así nació esa verdadera Escuela del Ritmo Leguina, un pequeño espacio donde niños y niñas del barrio podían escribir canciones, compartir historias y aprender a cantar lo que llevaban en el alma.

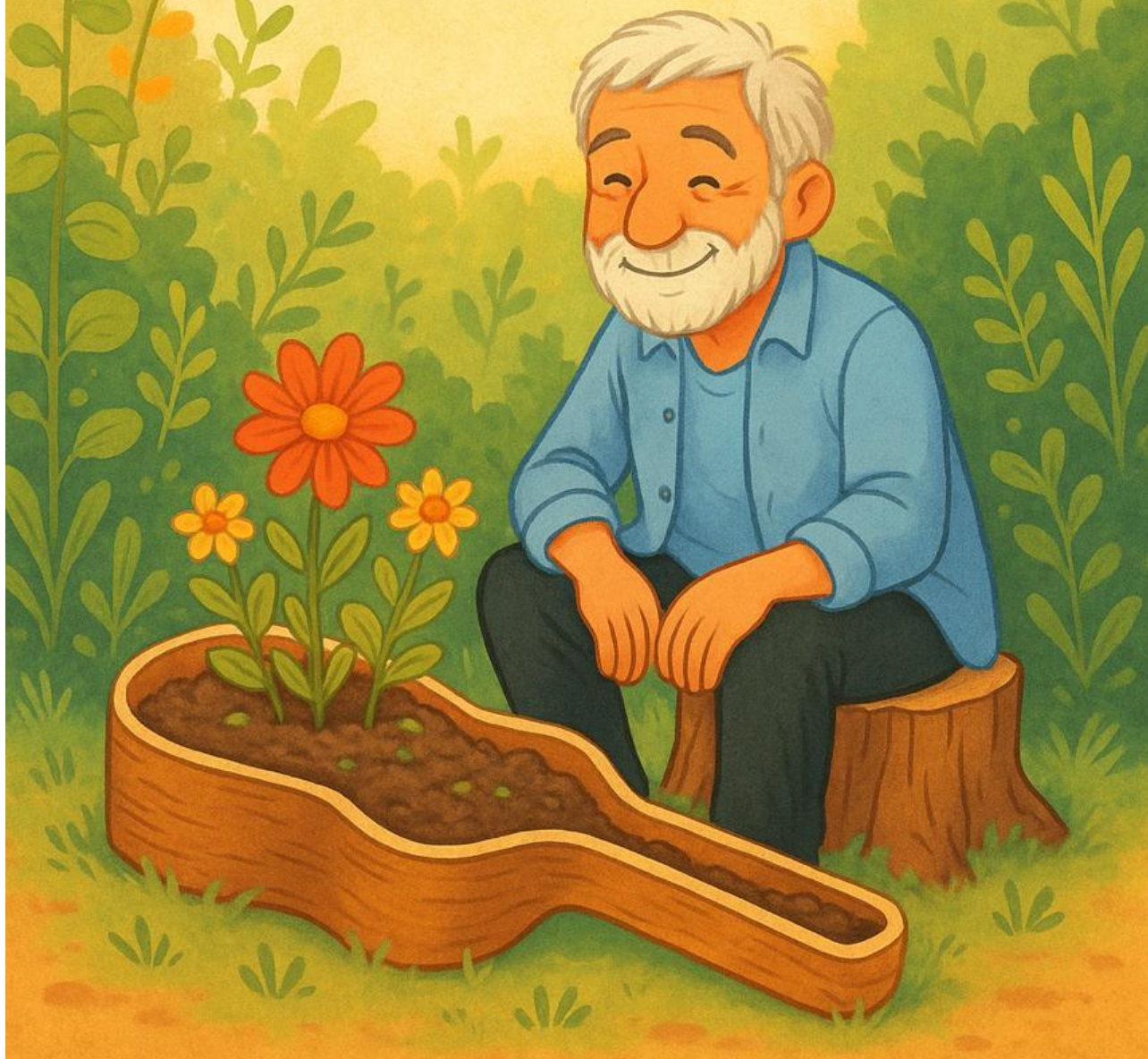
LeguaYork no paró de sonar. Grabaron su primer disco en una pieza con cajas de huevos y rayados en las paredes. Lo llamaron “Desde el laboratorio”. Su música cruzó barrios, ciudades y hasta países.

Pero lo más importante es que nunca dejaron de cantar con el corazón del barrio, con las voces de quienes no siempre eran escuchados.

Y desde entonces, cada vez que alguien pasa por La Legua y escucha una rima en el aire, sabe que LeguaYork sigue ahí, recordando que la música también puede ser hogar, memoria y futuro.

Te recomendamos buscarlos en yutu o Spotify para que veas lo real de esta historia .

LUCHITO Y LA GUITARRA TIERRA



“Luchito y la Guitarra Tierra”

Cuento infantil inspirado en Luchito Lebert

Había una vez un hombre de barba blanca y ojos chispeantes que vivía en un rincón verde de la ciudad. Todos lo conocían como Luchito, el señor de la sonrisa sabia y la voz que sabía cantar esperanzas.

Pero Luchito no tenía una guitarra cualquiera... ¡No, no!

Su guitarra estaba hecha de tierra, raíces y recuerdos.

Una mañana, mientras barría las hojitas secas de su jardín, Luchito encontró una guitarra vieja tirada junto a la puerta. Ya no sonaba, estaba rota y cubierta de polvo. Pero Luchito, que siempre veía vida donde otros veían basura, sonrió y dijo:

—¡Tú no estás muerta, guitarrita! Solo necesitas cambiar de canción.

Con mucho cuidado, limpió la guitarra, la abrió por la mitad y la llenó de tierra buena. Plantó flores en un lado y lechugas en el otro.

Desde entonces, todos los días al despertar, Luchito le cantaba a su guitarra macetero:

🎸 “Canta guitarra de tierra,
dale hojas a mi ciudad,
que florezca la esperanza
donde antes no había más.” 🎸

Los niños del barrio venían a mirar la guitarra florecida. Se sentaban en los troncos del jardín de Luchito y le pedían cuentos y canciones. Él les hablaba de una ciudad que podía ser para todos, donde nadie pasara frío ni hambre, y donde cada voz tuviera su lugar.

Un día, una niña pequeña le preguntó:

—¿Tú conociste el mar, Luchito?

Él sonrió con los ojos llenos de historia:

—No, pero lo llevo en mis canciones... y en la tierra que canta.

Desde entonces, todos en el barrio empezaron a sembrar cosas raras: tomates en botellas, flores en zapatos viejos, zapallitos en un televisor abandonado. Y cada vez que florecía algo nuevo, decían:

—¡Luchito le puso música a la tierra!

Y así, en una ciudad que a veces olvidaba soñar, Luchito Lebert, con su guitarra tierra y su corazón sembrador, enseñó a grandes y chicos que una flor, una canción y una sonrisa pueden cambiar el mundo.

CHARLES DE LA PAZ

Y LA CIENCIA DEL CORAZÓN



Charles de la Paz y la Ciencia del Corazón

Había una vez un niño llamado Julián, que viajaba todos los días en el metro para ir a la escuela.

Le gustaba observar a las personas: unos leían, otros dormían, y algunos simplemente miraban por la ventana subterránea.

Pero un día, algo cambió.

En la estación de los vagones de metro brillantes, subió un hombre con barba blanca, un sombrero azul y una guitarra color sol.

Se llamaba Charles de la Paz, y no era un músico cualquiera.

Charles pedía algo más difícil: que escucharan con el corazón y si eso significaba que alguien aportara con alguna moneda tenue el doble de valor.

—¿Sabes qué es la ciencia del corazón, pequeño? —le dijo a Julián mientras afinaba su guitarra.

—¿Es como una clase de ciencias? —preguntó el niño curioso.

—No exactamente —respondió Charles con una sonrisa—.

Es la ciencia de escuchar, de cuidar, de cantar lo que es justo. Yo vengo de los grandes escenarios...

pero aquí late el mundo verdadero.

Mientras el metro avanzaba por los túneles oscuros, la voz de Charles iluminaba todo.

Cantaba sobre árboles que hablan, sobre robots que cuidan a las abuelas, y sobre estrellas que guían a los niños perdidos.

Las personas dejaban de mirar sus teléfonos. Algunos incluso cerraban los ojos, como si volvieran a soñar.

Julián sentía que cada canción era como una cápsula secreta de sabiduría.

Como si Charles trajera ciencia, pero no de la escuela, sino del alma.

Un día, Julián se armó de valor y preguntó:

—¿Por qué ya no cantas en los grandes teatros?

Charles lo miró con ternura.

—Porque el corazón del mundo no siempre late en los palacios.

A veces late aquí, en el vagón de la línea 5, junto a una señora cansada o un niño que necesita creer.

La música no necesita brillar...

necesita llegar.

Desde ese día, Julián empezó a escribir sus propias canciones.

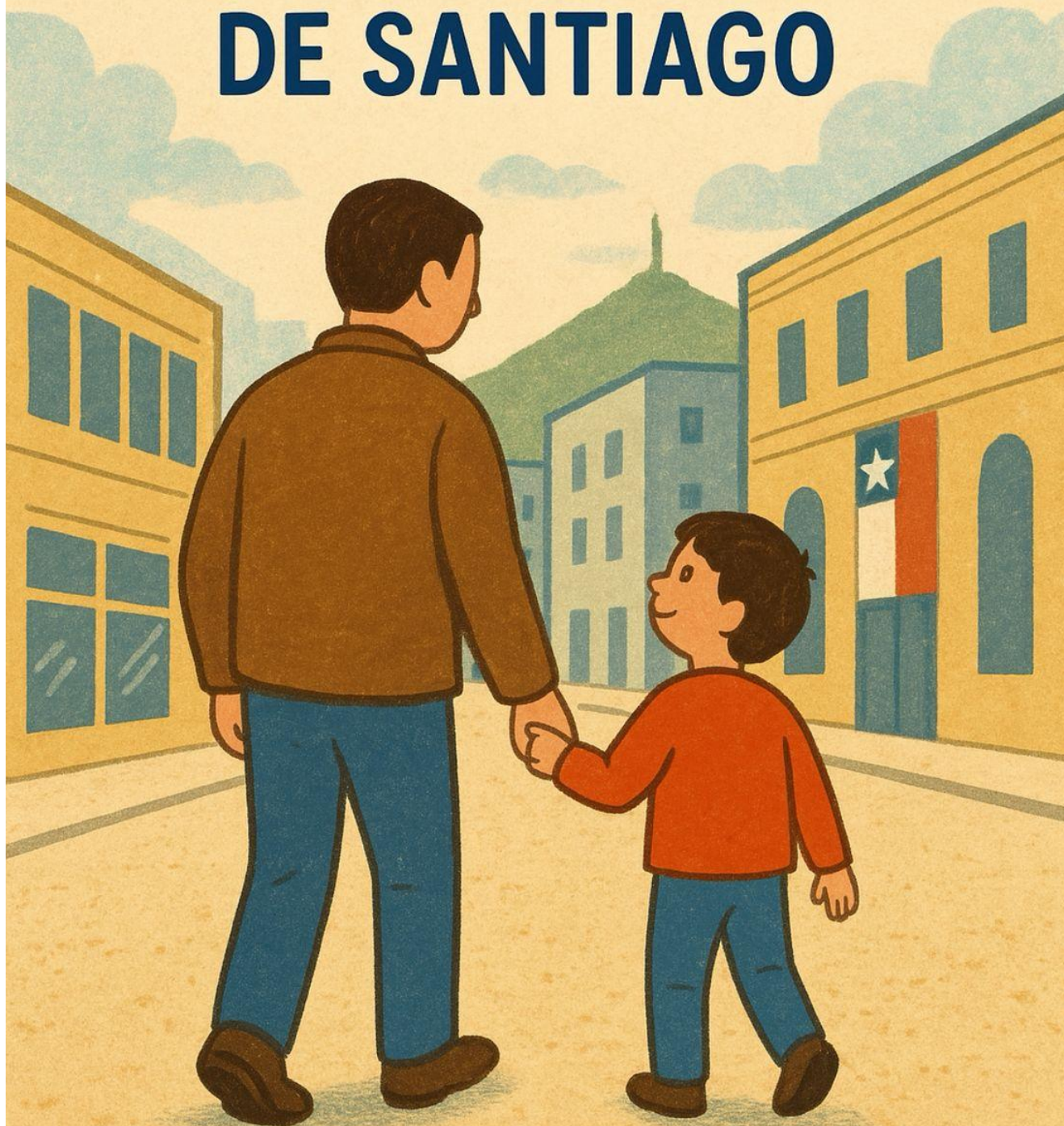
Algunas hablaban de reciclaje, otras de la luna y la amistad.

Y aunque Charles de la Paz a veces cambiaba de tren, su voz seguía viajando por los túneles.

Cada nota era como una semilla en la mente de quienes escuchaban.

Porque a veces, la ciencia más grande es la que transforma corazones.

CUANDO CAMINO POR LAS CALLES DE SANTIAGO



INSPIRADO EN TEMA DE
GRUPO. SOL Y LLUVIA

“Cuando Camino por las Calles de Santiago”

Cuento infantil inspirado en una canción de grupo sol y lluvia.

Cuando camino por las calles de Santiago,
miro las vitrinas brillantes y los televisores encendidos.

Pero ninguno sonríe.

Ni uno.

En la esquina de San Antonio con la calle Bandera,
no parece haber un mundo mejor.

Todo corre apurado, como si el viento soplara miedo.

Veo a los vendedores con sus mantas coloridas,
veo a los miedos con cara de cemento,
veo a los perseguidores que miran sin mirar.

Y también veo a mi hijo,
que camina junto a mí,
encogiéndose como si su alma
sintiera algo que no puede decir.

El aire del valle ya no es aire.

Es un susurro apagado por chimeneas solitarias
que soplan humo de ansiedad.

Las casas parecen contener la respiración.

Los árboles guardan silencio.

Y los pájaros, bueno... ellos vuelan un poco más lejos.

Pero yo sé que no todo está perdido.

Porque el aire volverá.

Volverá con la conciencia del campo,
la sabiduría del mar,
y la fuerza invisible que duerme en la ciudad.

Volverá con las manos desarmadas
que construyen sin destruir.

Con los niños que dibujan el mundo
en papeles de esperanza.

Entonces, las armas volverán a casa.

A descansar. A oxidarse. A dormirse.

Y serán las manos —libres y limpias—
las que construyan la paz.

Y la vida volverá a cantar
en los cerros, en los barrios,
en los ríos, en los patios,
en el campo, en el mar
y también en la ciudad

Cuando camino por Santiago,
ya no camino solo.

Camino con la esperanza.
Y con la sonrisa de mi hijo,
que ahora camina derecho,
con la frente en alto
y los ojos soñando libertad.



Sergio y la Canción Gigante

Un cuento infantil inspirado en Sergio Ortega

Había una vez, en un país largo y lleno de montañas, un niño llamado Sergio que amaba los sonidos. No los ruidos fuertes ni los gritos, sino los sonidos que contaban historias: el viento entre los árboles, el murmullo del río y los susurros de las personas que soñaban con un mundo mejor.

Sergio creció tocando el piano que tenía su abuela en la sala. Sus dedos eran como pajaritos danzando sobre las teclas, y cada vez que tocaba, algo mágico ocurría: la gente se emocionaba, se unía, se abrazaba.

Un día, cuando ya era un joven con gafas grandes y sonrisa profunda, escuchó una voz muy fuerte en su corazón. Le decía:

— ¡Sergio! Usa tu música para ayudar a tu pueblo.

Y Sergio lo entendió. Ya no solo haría canciones para tocar bonito. Haría canciones valientes, que hablaran de la tierra, del trabajo, de la justicia... y del amor por el pueblo.

Así nació una canción gigante. Tan grande, que no cabía en un solo lugar. Se cantaba en las plazas, en las fábricas, en las escuelas. Era como un río de esperanza. Se llamaba “El pueblo unido jamás será vencido”.

—¡Es de todos! —decía Sergio—. ¡Cántenla fuerte!

Y así lo hacían. La cantaban niños, niñas, abuelas, obreros, poetas y soñadores. Aunque el viento cambiara y algunos días fueran muy tristes, la canción nunca desaparecía. Se escondía en los corazones, esperando el momento de volver a sonar.

Porque Sergio sabía que las canciones que nacen del amor, de la lucha y del pueblo... nunca mueren. Solo descansan un rato, para volver con más fuerza.

Y desde entonces, en cada rincón donde alguien canta con ganas de cambiar el mundo, Sergio sonríe desde su piano invisible.

🌟 Mensaje final para niñas y niños:

Sergio Ortega fue un músico chileno que creyó en el poder de la música para unir y transformar. Su canción “El pueblo unido jamás será vencido” es cantada hasta hoy en muchas partes del mundo.

Inti y los Cantores del Sol



Inti illimani los Cantores del Sol

Había una vez, en un rincón del mundo donde la cordillera toca el cielo y los cóndores vuelan alto, un grupo de músicos llamados Inti illimani los Cantores del Sol. Viajaban por pueblos y ciudades llevando su música como quien lleva una estrella en el bolsillo: con cuidado, con amor, y con un brillo que nunca se apaga.

Estos músicos tocaban charangos, zampoñas, guitarras y quenás. Cada canción contaba una historia de lucha, de amor por la tierra, de esperanza. La gente los quería mucho, porque sus canciones hablaban con el corazón.

Pero un día, algo extraño sucedió. Tres de los cantores más antiguos quisieron hacer su propio camino educativo Dijeron:

—Nosotros llevamos el sol en la voz. Queremos enseñar a cantar y tocar nuestras propias melodías y darles un nuevo sentido a nuestro nombre: Inti-Illimani

El resto del grupo se miró en silencio. No estaban tan convencidos aun, pero tampoco dudosos. Era como si se hubiese iluminado más un pedacito del sol

—Nosotros seguiremos siendo Inti-Illimani, como siempre —dijeron—. Sin apellidos ni etiquetas. Seguiremos cantando juntos, con la fuerza del viento y el amor de la gente, pero ahora también tiraremos nuevas semillas para que el sol siga floreciendo en la tierra.

Y así fue. Ahora existían dos caminos del illimani, cada uno con su historia, cada uno con sus propios latidos . Algunos niños decían:

—¡Me gusta cómo suena!

Y otros respondían:

—¡A mí me gusta que el sol del illimani sea nuestra casa estudiantil!

Pero al final, todos sabían una cosa: el sol no se divide, solo se multiplica en cada nota, en cada voz, en cada canción que sale desde el corazón.

Porque la música, cuando es verdadera, nunca se calla , sigue creciendo... como el viento, como los sueños, como los cantores del sol, nuestras nuevas generación del sol del illimani en el corazón De la Villa ohiggins .

FERMÍN

Y LA CANCIÓN DEL VIENTO



Fermín y la Canción del Viento

Había una vez un pequeño pueblo entre montañas y mares, donde la música se colaba por cada rincón.

Allí vivía Fermín, un cantante del País Vasco con una voz tan fuerte como el viento del norte y un corazón enorme.

Fermín viajaba con su musica , cantando en teatros y festivales .

Un día, llegó a un país muy largo y estrecho, lleno de montañas nevadas, desiertos dorados y bosques que hablaban con las aves. ¡Había llegado a Chile!

Allí conoció a dos nuevos amigos: Andrea, una mujer alegre que vestía colores de flores y aves, y Ariel, un músico de gorra negra que siempre decía:

—¡La música es resistencia!

Los tres conversaban cada vez que veían. Fermín cantaba en euskera, Andrea sacaba fotos de flores y conciertos , Ariel hacía rimas de rap además dibujaba todo lo que podía tanto que hacían latir el suelo.

Un día, escucharon que en un rincón de la ciudad vivía un niño triste, que no hablaba desde hacía semanas.

“Extraña a su abuela, que se fue volando con los cóndores”, les contó una vecina.

—¡Vamos a cantarle! —dijo Fermín.

—Y a abrazarlo con nuestras voces —dijo Ariel .

—Y a enseñarle que no está solo —agregó Andrea.

Caminaron horas entre calles , siguiendo el sonido del silencio.

Cuando encontraron al niño, él estaba sentado en una plaza, mirando las nubes.

Fermín con un parlante pequeño puso una pista root y cantó una canción suave, como un susurro del viento vasco.

Paloma sacó de su bolso la camara para registrar los momentos de manera sutil y respetuosa.

Ariel comenzó a marcar un ritmo con los dedos, como si el corazón del bosque latiera otra vez mientras rimaba al estilo de rap.

El niño no dijo nada al principio.

Pero luego, una lágrima se asomó en su mejilla... y después, una sonrisa.

Abrió la boca y cantó bajito, como si recordara una canción que su abuela le enseñó.

Desde ese día, Fermín, Andrea y Ariel siguieron cantando en cada rincón donde el silencio pesaba demasiado.

Porque sabían que la música no cura todo, pero abre caminos donde antes había miedo.

Y así, con un pequeño parlante cargado de pistas rap regae y abrazos, recorrieron juntos o separados distintos lugares, llevando una sola bandera:

la de la amistad que cruza mares y montañas por la esperanza de los pueblos.

Papá, cuéntame otra vez



“Papá, cuéntame otra vez”

—Papá, cuéntame otra vez ese cuento tan bonito —pidió Leo, mientras se metía en la cama y se acurrucaba bajo la manta azul con estrellas.

Su papá sonrió. Apagó la luz de la mesita y encendió la lámpara de noche que tenía forma de luna.

—¿El de los chicos con flequillo y las chicas con minifalda?

—¡Sí! Y el de las canciones que hacían soñar, y los chicos que no tenían miedo.

Entonces papá comenzó a contar...



Había una vez un grupo de jóvenes valientes que no querían un mundo triste y callado.

Querían colores, canciones, libros, abrazos y juegos en la plaza. No les gustaban los hombres que mandaban gritando, ni los que decían que soñar estaba prohibido.

Aquellos jóvenes llevaban pantalones anchos y caminaban con flores en la mano. Cantaban canciones que hacían temblar las paredes.

Una que se llamaba ?,no recuerdo su nombre pero hablaba del viento libre y de la esperanza.

Había otro joven, muy lejos, en la selva, con una gorra y una sonrisa valiente.

Le decían “el loco de la estrella”, y todos creían que podía cambiar el mundo.

—¿Y lo logró, papá?

—Casi —dijo el padre—. Pero un día... ya no pudo seguir. Y entonces, muchos se quedaron tristes.

Nadie quiso tomar su fusil, porque pesaba más que un árbol lleno de pájaros.

—¿Y qué pasó con los chicos que cantaban?

—Bueno... algunos crecieron y se cansaron. Se quitaron las flores del pelo.

Las plazas se quedaron vacías. Bajo los adoquines no encontraron la playa, solo más piedra.

—¿Y los cuentos? —preguntó Leo, con los ojos abiertos como lunas.

—Los cuentos no murieron —respondió papá—. Se escondieron.

En los libros, en los corazones, en las canciones viejas.

A veces, cuando llueve fuerte, salen de nuevo. Porque todavía hay plazas sucias que esperan ser limpiadas, y voces que quieren cantar sin miedo.

Leo se quedó pensando. Se arropó hasta la barbilla.

—¿Y yo puedo buscar la playa bajo los adoquines?

—Claro que sí —dijo papá—. Pero lleva una linterna, una canción bonita... y un poco de valor.

Leo cerró los ojos. Soñó con chicos de flequillo, niñas en bicicleta, guitarras en las esquinas y un mundo donde todos podían decir lo que sentían sin esconderse.

Y mientras dormía, una canción antigua flotaba suave en el aire, como un viento que aún recordaba.

León y el País de la Libertad

Poesías proletArias



Leon y el País de la Libertad

Había una vez un niño llamado Leon que soñaba con un lugar donde todos pudieran ser felices.

Un lugar donde el viento cantara y el Sol nunca se escondiera del todo.

Una noche, mientras miraba las estrellas desde su ventana, escuchó una voz suave como una canción que decía:

—Búscame... donde se esconde el Sol,
donde exista una canción...

Leon se puso de pie de un salto. ¡Alguien le estaba hablando desde el cielo! Tomó su mochila, su linterna y su cuaderno de dibujos, y salió sin miedo.

Sabía que estaba por comenzar una gran aventura.

Primero fue a orillas del mar. Allí, la espuma le besaba los pies y la sal le hacía cosquillas en la nariz.

Caminó entre las olas y escuchó otra vez la voz del cielo:

—Búscame a orillas del mar,

besando la espuma y la sal...

Siguió el sonido de una melodía que venía del viento. Subió colinas, cruzó ríos y se detuvo en un campo donde las flores se mecían como si bailaran.

Allí el tiempo parecía no existir.

Leon cerró los ojos y respiró profundo.

—Búscame donde se detiene el viento,
donde haya paz o no exista el tiempo...

El Sol comenzaba a salir. En el cielo, las nubes lloraban gotas de rocío que el Sol secaba con ternura.

Leon sonrió, porque entendía que las nubes también podían llorar, y que eso estaba bien.

—Donde el Sol seca las lágrimas
de las nubes en las mañanas...

Y entonces, lo vio. Detrás de una montaña dorada, entre árboles que reían con hojas brillantes, encontró una gran puerta hecha de luz. Encima, un letrero decía:

“Bienvenido al País de la Libertad”

Leon entró, y allí encontró todo lo que soñaba: niños y niñas jugando sin miedo, cantando en todos los idiomas, pintando, bailando y cuidando la tierra juntos.

No había gritos, ni guerras, ni tristeza sin consuelo. Todos podían ser quienes eran, sin esconder sus sueños.

Y una voz en su corazón le dijo por última vez:

—Búscame, me encontrarás

en el país de la libertad...

De la libertad...

Desde ese día, Leon nunca dejó de contarle a otros lo que había visto. Decía:

—Si quieren encontrarme, búsqüenme donde el Sol se esconde para descansar, donde una canción nace sin dueño, donde el viento se detiene a escuchar, y donde todos pueden ser libres.

Y así, su historia se volvió canción. Y su canción, un mapa para los que aún soñaban.

Nunca olvidaremos que las Malvinas son argentinas dijo Leon junto a su pueblo.

Nino García



**UNA HISTORIA BELLA
Y TRISTE DE
ARMONÍAS INVISIBLES**

Nino García: una historia bella y triste de armonías invisibles

Nino García fue un músico chileno como pocos. Y no es una exageración ni un recurso fácil decirlo: su vida fue una sinfonía compleja, de esas que no se olvidan aunque no hayan sido grabadas en grandes discos, porque su música quedó repartida entre las almas de quienes compartieron con él, entre partituras ocultas y créditos diminutos, y sobre todo, entre los silencios que dejó.

Era un joven de rostro sereno y mirada profunda, como si desde siempre hubiera sabido que su paso por el mundo sería intenso y breve. Desde pequeño mostró un talento deslumbrante. Lo mismo interpretaba con soltura una pieza clásica en el conservatorio que componía melodías frescas para un programa de televisión o escribía arreglos para una balada pop. Tenía el don raro de moverse entre mundos distintos, como si no existieran fronteras entre el arte académico y la música popular. Para él, todo era música.

Participó creando para discos de artistas como Gloria Simonetti, Ginette Acevedo, Fernando Ubierno y De Kiruza. Muchas veces su nombre no ocupó el centro del escenario, pero su huella estaba ahí, en la armonía exacta, en un arreglo inesperado, en esa nota que hacía brillar una canción.

Era también director de orquesta, cantante, arreglador, y maestro. Enseñaba no solo técnica, sino también una forma de sentir la música. Quienes lo conocieron dicen que tenía una sensibilidad fuera de lo común. Tal vez por eso el mundo le dolía más. Tal vez por eso decidió irse cuando aún le quedaba tanto por dar.

El final de su vida su partida no solo puso fin a su carrera, sino que dejó una pregunta abierta, una nota suspendida en el aire. Pero incluso allí, en ese silencio final, su legado sigue vibrando.

Hoy, cuando se escucha una vieja canción chilena de los años setenta u ochenta, cuando suenan algunas melodías en la televisión o en un aula de música, hay ecos de Nino García. No siempre lo sabremos, porque muchas veces no firmó sus obras, o las compartió generosamente con otros. Pero su música sigue viva. En los acordes que levantan el ánimo, en las voces que él ayudó a moldear, y en el recuerdo emocionado de quienes lo vieron brillar con luz propia.

Nino fue un artesano del sonido, un puente entre mundos, un espíritu inquieto que encontró en la música su manera de existir. Y aunque partió antes de tiempo, dejó tras de sí una historia bella, dolorosa, y profundamente humana. Una historia de armonías invisibles.

Jorge Venegas

Chile ríe y canta



Jorge Venegas: Chile ríe y canta

En un rincón soleado de un barrio chileno, vivía un hombre de barba rizada y mirada amable. Se llamaba Jorge Venegas, y siempre llevaba una guitarra colgada al hombro y una armónica al cuello.

Los niños del lugar lo esperaban cada tarde, porque sabían que, donde estaba Jorge, ¡la música comenzaba!

—¡Jorge, cuéntanos una historia! —decían los más pequeños.

Y Jorge, con una sonrisa, afinaba su guitarra y comenzaba a tocar:

🎵 “Había una vez un pueblo
que en silencio se quedó...
hasta que un niño cantando
el alma le despertó...” 🎵

Los niños reían, las abuelas aplaudían desde las ventanas, y hasta los gatos se dormían felices con sus canciones.

Jorge no cantaba solo para entretener: cantaba para que todos recordaran la alegría, la memoria y la fuerza de estar juntos.

A veces, contaba cuentos de árboles que hablaban, ríos que bailaban cueca o abuelitos que escondían versos bajo sus sombreros.

Un día, Jorge les enseñó a los niños una canción especial:

🎵 “Chile ríe, Chile canta,
cuando el pueblo está de pie.
Con guitarra y con esperanza,
todo puede florecer.” 🎵

Y los niños la aprendieron tan bien, que comenzaron a cantarla en las escuelas, en las ferias, en los juegos, y hasta en la plaza.

Desde entonces, cuando alguien se siente triste en el barrio, los niños se reúnen, afinan la guitarra de Jorge que ahora cuelga en el centro cultural, y entonan su canción.

Porque gracias a Jorge Venegas, saben que con música, alegría y comunidad...
¡Chile siempre puede reír y cantar! 🎵

TANTO
CREO
EN Ti



“El Jardín Que Soñaba Contigo”

Había una vez, en un rincón escondido del mundo, un niño llamado Lupa , que tenía un jardín invisible.

Pero no era un jardín cualquiera: era un jardín que sólo florecía cuando pensaba en alguien que amaba con todo su corazón.

Cada vez que Lupa recordaba a esa persona especial, aparecían manzanas que brillaban como estrellas verdes, y los árboles hacían acrobacias con el viento, como si jugaran con él.

—Tanto creo en ti —susurraba Lupa, acariciando el aire—, que he dormido muerto y sueño hasta despierto nuestra casa y su luz.

En el duelo de su amor, Lupa colgó una guitarra en el manzano más alto. Pero una tarde, el viento la alzó y se la llevó volando como si fuera un ave que volvía a cantar en otro cielo.

—Quizás fue a buscarte —pensó.

Unos queltehues cruzaron el río tocando campanas con sus alas, mientras en el campo una estrella pequeñita lo miraba y sonreía. Parecía un querubín perdido entre las flores.

—Tanto creo en ti —dijo otra vez Lupa—, que mis pensamientos son semillas, y veo en el futuro un jardín florecer.

Flores de papel. Flores de fuego suave. Flores que sólo saben crecer cuando el corazón late con verdad.

Una tarde de febrero, Lupa miró por la ventana. No llovía, pero las nubes querían llorar.

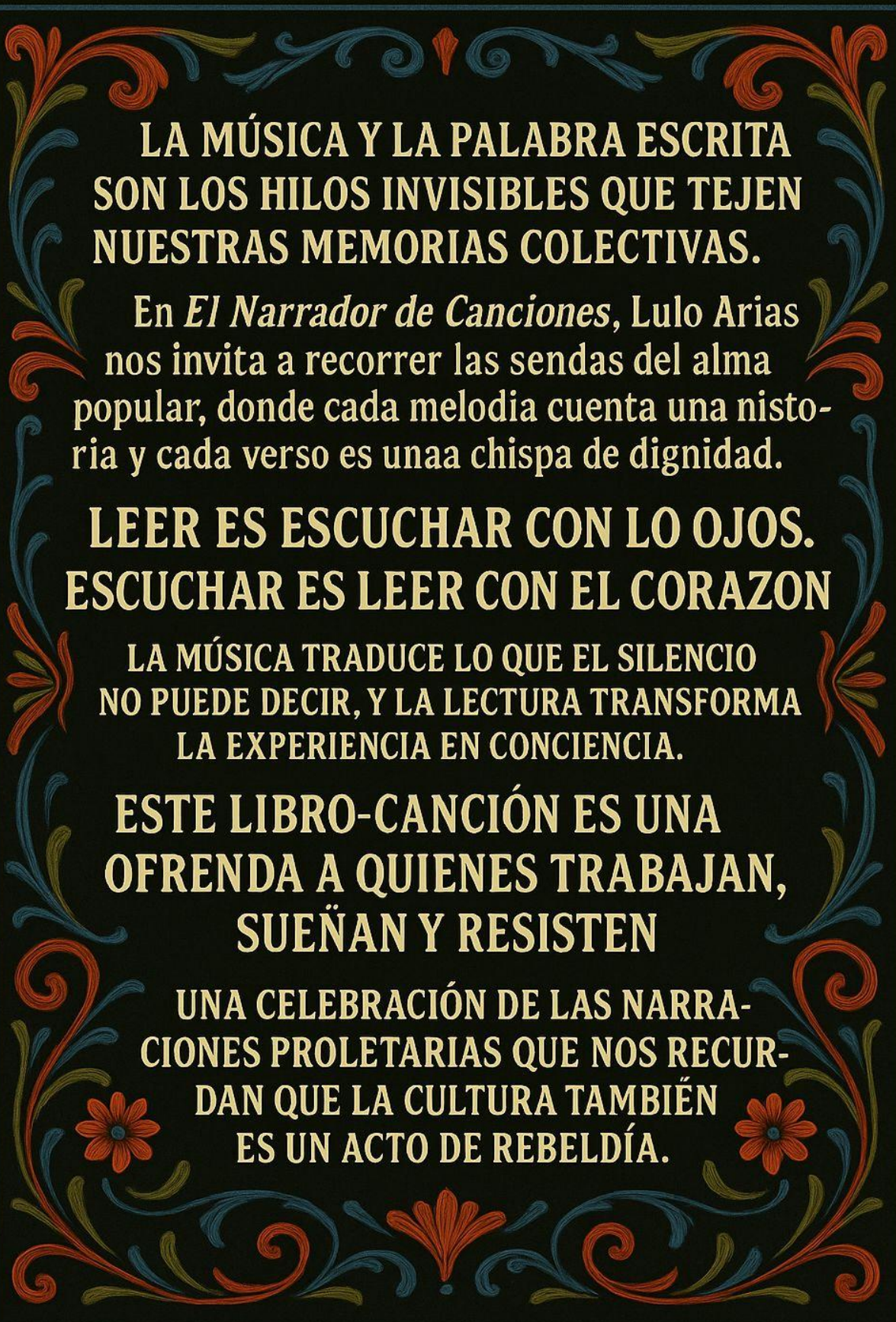
—El agua sueña un barco para ti —dijo con ternura.

Un ratoncito cruzó el patio. No dijo nada. Pero dejó huellas en el barro y una carta debajo de la puerta. La carta no tenía nombre... pero Lupa supo que era para él.

—Tanto creo en ti —susurró, abriendo el sobre—, que escribí cartas como sueños, como si viajara a un país lejano... imaginado por ti.

Esa noche, mientras las estrellas tejían caminos en el cielo, el jardín invisible volvió a florecer. Las manzanas brillaron. La guitarra volvió, flotando en el aire. Y en el centro del campo, una casita hecha de luz lo esperaba con la puerta abierta.

Porque cuando uno cree con el corazón... los sueños también creen en uno.



LA MÚSICA Y LA PALABRA ESCRITA
SON LOS HILOS INVISIBLES QUE TEJEN
NUESTRAS MEMORIAS COLECTIVAS.

En *El Narrador de Canciones*, Lulo Arias
nos invita a recorrer las sendas del alma
popular, donde cada melodía cuenta una histo-
ria y cada verso es una chispa de dignidad.

LEER ES ESCUCHAR CON LO OJOS.
ESCUCHAR ES LEER CON EL CORAZON

LA MÚSICA TRADUCE LO QUE EL SILENCIO
NO PUEDE DECIR, Y LA LECTURA TRANSFORMA
LA EXPERIENCIA EN CONCIENCIA.

ESTE LIBRO-CANCIÓN ES UNA
OFRENDA A QUIENES TRABAJAN,
SUEÑAN Y RESISTEN

UNA CELEBRACIÓN DE LAS NARRA-
CIONES PROLETARIAS QUE NOS RECUR-
DAN QUE LA CULTURA TAMBIÉN
ES UN ACTO DE REBELDÍA.